

Empero, para el escritor no se trata de la verdad mecánica estadística y artificiosa, de cierta literatura del siglo pasado, sino de una verdad distinta, integral y trascendente, que inserte la experiencia con sus propias categorías en un esquema sinfónico y unitario.

HERBERT MÜLLER

LOS ESCRITORES JOVENES Y LOS PROBLEMAS SOCIALES

PRINCIPIO por confesar que el tema del presente trabajo me fue sugerido por el fastidio que me ha causado siempre el comprobar que, en nuestros ambientes literarios, se acepta y comprende por problemas sociales, únicamente aquellos que provienen de los conflictos que surgen de las diferencias de clase, fortuna, raza, ideas políticas, ideas religiosas, y por las situaciones biológicas hereditarias.

Esta estrechez de criterio, que fija límites tan reducidos a la combinación de dos palabras que tanto significan, ha provocado el que a nosotros, actualmente llamados "jóvenes escritores", se nos ataque, con frecuencia, por no mostrar preocupación alguna, en nuestras obras, por los mencionados problemas; ha provocado que se nos acuse de estar perdiendo el tiempo; de no cumplir con nuestra misión existencial.

(Se libran de estas críticas, desde luego, los dos o tres escritores que, por razones a o zeta, han continuado removiendo las cuestiones sociales a la manera... digamos: "ortodoxa").

Convencido de lo antojadizo de estos reparos, yo podría haberme encogido de hombros, podría haberme dicho: "¡Bah... están equivocados!" y haber seguido de largo, impertérrito, escribiendo; pero, al recibir la carta invitación de esta Universidad para participar en el Primer Encuentro de Escritores, me dije: "¡Bien!... creo que es la ocasión para decir algo sobre los mentados problemas sociales".

Yo entiendo, para comenzar, por problemas sociales, todas aquellas situaciones que crean dificultades a los seres humanos que viven en una colectividad y que comprometen sus buenas relaciones.

Yo no hago distinciones entre los problemas que afectan a muchos, a pocos o a un solo individuo.

Creo, con Jung, que cada hombre lleva consigo su historia toda y la historia de la humanidad,

Creo, por consiguiente, que todo lo que ocurre a cualquier ser humano pesa sobre el género humano en su totalidad. Luego, tiene justificación literaria y social.

Hasta ahora, a nadie se le ha ocurrido censurar a nuestros escritores de antaño. Hasta ahora, todos parecemos satisfechos de la labor que ellos cumplieron. Ellos reflejaron, en sus obras, la vida de los chilenos en el campo, en el mar, en las ciudades, desierto, bosques, cordillera, y, en resumen, la vida sub-sole y sub-terra de los habitantes de este país. Ellos reflejaron, también, las alternativas épicas de nuestra emancipación y de nuestra guerra con Bolivia y Perú. Ellos dejaron constancia de que los chilenos vestían así o asá; de que bebían tales o cuales bebidas; de que se retiraban a dormir a un tiempo con las gallinas; de que se persignaban a cada paso; de que nuestras abuelas nos concebían ataviadas con gruesos camisones de dormir; de que había muchos hijos naturales... y de muchas otras cosas más, de tal manera que nosotros podemos tener una idea bastante clara de cómo eran los chilenos de aquel entonces.

Los escritores anteriores a nosotros describieron el paisaje, las costumbres, los dramas desencadenados por la chicha y el vino, los rodcos, los estragos de la tuberculosis, las casas de pensión, las casas de prostitución, la vida de cuartel y los horrores —aquí comenzó a hablarse de “problemas sociales”—, de las labores extractivas del salitre, cobre y carbón.

Ellos habrían cumplido con su misión. Nosotros no.

(Según la limitación conceptual impuesta a lo que por problemas sociales debería entenderse).

Pero... ¡metámonos en la boca del lobo!...

¿Tuvo problemas raciales Chile?... ¿Tuvo problemas religiosos?... ¿Tuvo —salvo la revolución del 91— problemas políticos sangrientos?... La verdad es que no los tuvo. Chile, según la estricta y estrecha concepción de problemas sociales, sólo tuvo problemas creados por las diferencias de fortuna, por las enfermedades venéreas, por el alcoholismo y por el trabajo.

¡Qué diferencia con otras de nuestras naciones hermanas!... ¡Qué diferencia con México, Cuba, Bolivia y Estados Unidos, por ejemplo!...

En esos países sí que los escritores no pueden permanecer impávidos ante los problemas sociales de grueso calibre. Allí sí que son necesarios los escritores que, atentos, escriban con vigor, con pasión, con colorido, con sangre, sobre lo que ocurre en las calles, en los ingenios, en las plantaciones, en las Universidades,

Aquí este tipo de escritores está perdido. Desde aquí no se pudo ni se podría hacer una honrada y vigorosa literatura revolucionaria.

Nuestro devenir cívico ha sido poco dramático. No dio pábulo, ni lo da, para una literatura de trascendente contenido social...según el concepto ortodoxo.

Como si fuera poco, ese espíritu cívico que nos evitó revoluciones, discriminaciones raciales, guerras y conflictos religiosos, nos encaminó hacia el progreso. Progreso que ha esfumado las diferencias de fortuna y de clase y va permitiendo la eliminación, casi total, de los problemas sanitarios endémicos y de los problemas del trabajo, a través de la penicilina, de la estreptomycinina y de la respetuosa discusión.

Aunque haya muchos interesados en ignorarlo —que son los mismos, oh, casualidad, que nos critican por ignorar los problemas sociales—, nuestro país ha resuelto sus asuntos vitales, o los está resolviendo, de una manera poco virulenta.

En cambio, hay otros problemas... pero dejémoslos para más adelante.

Existía, en el pasado, una gran diferencia entre los pobres y los ricos.

Los ricos eran muy ricos y los pobres eran muy pobres.

Los ricos gustaban de vivir en Europa, y los pobres trabajaban para que se dieran el gusto.

Los pobres producían dócilmente, sin crear dificultades, porque eran ignorantes y porque no se sentían indispensables, no tenían ninguna seguridad en el trabajo.

País colonial, el nuestro, se dedicaba, exclusivamente, a la extracción de sus riquezas en bruto, y lo que es muy importante, utilizaba para ello sistemas y herramientas rudimentarios.

No faltaba el bruto que manejara el chuzo, la barreta o la pala.

Los pobres lo sabían, y por eso no reclamaban.

Poca constancia quedó en nuestra literatura de estos hechos, porque, en el pasado, salvo Lastarria y José Joaquín Vallejo, todos nuestros escritores fueron aristócratas.

Pero, a partir de la Primera Guerra Mundial, para culminar con la Segunda y seguir hasta sabe dónde... Chile ha dado un salto económico muy grande.

Los ricos se vieron obligados a adoptar nuevos sistemas de explotación. Se vieron obligados a entregar a los pobres tractores, perforadoras eléctricas, tornos, camiones, grúas, betoneras y otras máquinas, otras herramientas de manejo complicado.

Razones geográficas y geológicas obligaron a Chile a industrializarse.

Los pobres debieron aprender a manejar las nuevas herramientas, debieron aprender nuevos sistemas de trabajo... los pobres se educaron, se hicieron técnicos, especialistas; se hicieron indispensables.

Los pobres comenzaron a vestir, a comer, a vivir mejor. Los pobres fueron elevando, prodigiosamente rápido, su nivel cultural, a costa de los ricos que debieron ceder y ceder en las exigencias; que debieron participar a sus trabajadores con tajadas más suculentas de sus entradas.

Los ricos cada vez fueron menos ricos. Los pobres, cada vez fueron menos pobres.

Esta evolución ha tenido y está teniendo lugar sin estridencias ni ex abruptos.

Lo que nos libera a nosotros, los jóvenes escritores, de prestarle atención absoluta, lo que nos permite a nosotros, los escritores jóvenes, volcarnos sobre otros aspectos problemáticos de nuestra vida en común; de nuestra SOCIEDAD.

Junto con acusárenos de ignorar los problemas sociales, se nos acusa de psicologistas; de escribir sobre problemas mentales, sobre problemas morales, de emplear un lenguaje o una forma difícil de comprender por el vulgo, en fin, de cultivar una exquisitez digerible sólo por élites de lectores.

En estos aspectos no caben las discusiones.

El tiempo juzgará.

Lo cierto es que desde hace muchos años no se había notado en los ambientes literarios chilenos un grupo más definido y menos polémico, entre sí, que el grupo acusado.

Se diría que todos los escritores jóvenes, pese a la diferencia de estilos, se hubieran puesto de acuerdo para escribir no sobre los mismos temas, pero sí, sobre los mismos problemas.

¿Puede suponerse que sea esto una casualidad, un capricho?

Me parece que no.

A nosotros, los escritores jóvenes, nos ha tocado en suerte presenciar, vivir, la irrupción de las ideas marxistas en nuestro mundo de claro corte burgués. Que no otra cosa es la nivelación de fortunas y de clases que observamos. A nosotros, los escritores jóvenes, nos ha tocado vivir la irrupción de costumbres, de filosofías absoluta y totalmente contradictorias a las que nuestros padres nos enseñaron con el ejemplo o con la teoría, en algunos casos.

Descendientes de gente pobre o descendientes de gente rica, nosotros hemos vivido la decadencia de una clase y la superación de otra, no sólo en el orden económico, sino en el orden cultural.

Los ricos se aburren, se abandonan, se entregan a la abulia, a la frivolidad. Los pobres, impulsados por los complejos aún latentes, tratan de abrirse paso para borrar las barreras sociales, de clase, que aún restan.

Aquí, sí, hemos tenido una revolución. Hemos tenido una revolución en las relaciones humanas.

Los chilenos vivíamos muy formalmente, a la española. Que no en balde fueron los españoles quienes le dieron forma al país. Nosotros teníamos una conducta social que buscaba la decencia, la respetabilidad, y la veíamos unida a las prácticas religiosas. Ser decente significaba ir a misa todos los domingos, emprender novenas cada nueve días, comulgar los primeros viernes, ser casado una sola vez; usar vestidos recatados, y no ser sorprendidos en adulterio (las mujeres, al menos). Nosotros teníamos una idea de la mujer, un ideal, que le exigía ser herméticamente virgen, antes del matrimonio y fiel después. El hombre, por lo menos en su hogar, debía merecer y merecía la obediencia de su esposa, por la razón o la fuerza.

¡Guay de quien se apartara de dichas prácticas!: era indecente, era reprobado, puesto al margen de la vida en común

La embestida de las nuevas ideas, marxistas y no marxistas, a través de la literatura, del cine y de la radio, nos mostró mundos en los cuales la gente podía casarse y descasarse cuantas veces quisiera, sin perder ni un ápice de su prestigio personal, sin que Dios estirara la mano, a la tierra, para castigar a los culpables.

El advenimiento del laicismo provocó una debacle moral, una verdadera revolución de costumbres... sociales.

(Muy distinto es el comportamiento de una sociedad que tiene en la mente la posibilidad de otra vida, al de una sociedad que cree que sólo hay una vida y que hay que vivirla lo más intensamente que se puede).

¿Problemas sociales que han surgido?...

Desde luego, la introducción de la maquinaria en la explotación y manufactura de las riquezas; la industrialización y la necesidad de emplear a la mujer en determinado tipo de trabajos oficinescos, dio a la mujer la posibilidad de gozar de independencia económica, que de inmediato extendió a lo sexual.

La relación entre los dos sexos se plagó de desconfianzas; incluso, a consecuencia de esta última, provocó el recrudecimiento de la homosexualidad.

El perdido privilegio de ser el proveedor del sustento, redujo la autoridad del hombre. Este se debilitó frente a la mujer.

El matrimonio, institución básica de toda sociedad, marxista, laicista, o lo

que sea, ha caído en el más absoluto descrédito, corrompido por la facilidad del divorcio y las consecuencias de esta facilidad —a saber, la ligereza en la elección, la falta de constancia en mantenerla—, hasta pasar a ser un tan exquisito tráfico de egoísmo, que ya no ofrece ni siquiera un modelo fantasmal de lo que fueron en un tiempo, que parece remoto, las relaciones entre el hombre y la mujer.

El chileno se acostumbra a acallar su conciencia, de rango español, de formación católico-formalista, para soportar nuevas costumbres y practicarlas... pero soporta, ahora, los complejos de culpa.

Las nuevas ideas, las nuevas costumbres, prendieron fuego a la sensualidad, y la sensualidad se extendió a los negocios, a la política, a todos los ambientes, disfrazada, a medias, de venalidad.

El chileno vive, hoy, para el goce inmediato, muy inmediato.

El hombre de hoy busca, angustiado, inseguro por sus problemas morales, por sus problemas afectivos con la mujer, a la que desea pero no admira, a la que ama, pero teme, sólo un lugar en este mundo, una insignia en el ojal.

Busca ser alguien, busca saber quién es y cómo es, busca saber a qué tiene derecho, busca saber, incluso, en qué tumba lo van a enterrar. En vano busca los placeres colectivos; en vano se hace socio de instituciones; sus problemas de individuo pronto lo absorben, lo inutilizan.

Entonces, se torna infantil: perdida la fuerza, pierde la razón.

La mujer chilena busca a un hombre que respetar. Busca a un hombre que le sea superior. Busca a un héroe que le indique la senda; un héroe por quien valga la pena retornar a la docilidad anterior, a lo superior, a lo espiritual.

No lo encuentra. Lo busca incansablemente y no lo encuentra. Entonces, ... desengañada, se deja llevar.

¿Problemas sociales? ...

Los jóvenes escritores los están reflejando en sus obras, no quepa duda, lo quieran o no lo quieran.

Es hora ya, pienso yo, que los reticentes amplíen el concepto que pone límites tan estrechos a una significación tan amplia, como la que tienen estas dos palabras: problemas sociales.